

que llega con reverencia, temor y temblor á los misterios
 inmaculados del Salvador, sabiendo ciertamente que re-
 cibe en sí mismo la vida eterna! ¡Feliz aquel que se es-
 tá sentado en la celda con piedad y reverencia, imitando
 á Maria á los pies del Salvador, y á las ansias y cuida-
 dos de Marta para recibirle! ¡Dichoso aquel que es para
 los otros un exemplar de virtud, y no ofende la con-
 ciencia de los demás! Este será bendito en el Señor.
 ¡Dichoso aquel que se dexa prender del amor á la ver-
 dad, y no da su boca para la mentira, pensando con
 temor en que el Señor ha prohibido decir palabras inú-
 tiles! ¡Dichoso aquel que segun la orden de Dios vela
 sin cesar sobre sí mismo, y vive con sobriedad.” San
 Efren se dilata mucho sobre esta bienaventuranza, y habla
 de sí mismo con sentimientos de dolor y humildad; en los
 que es fácil reconocerle. Alaba la constancia de los Márti-
 res, su amor á Dios, y su humildad! „¡Dichoso aquel que
 conserva el pensamiento del terrible dia del juicio, y se
 aplica á curar con sus lágrimas las llagas de su alma! ¡Di-
 choso aquel que en la hora de la separacion de su alma
 y su cuerpo ha de hallar la confianza!” Describe San
 Efren el modo con que ha de ser esta separacion, y qué-
 les serán sus conseqüencias: toma ocasion de la incertidum-
 bre del momento en que ha de suceder, para exhortar á
 sus hermanos á la vigilancia y práctica continua de las vir-
 tudes. „¡Dichosos aquellos que aman á Dios, y que por
 su amor desprecian todas las cosas de la tierra; que lle-
 van voluntariamente su cruz, y aman á Jesuchristo; que
 siempre tienen los ojos del corazon fixos en los bienes
 futuros, que no comen el pan sin ganarle con el trabajo,
 y aun se valen de la labor de sus manos para tener, co-
 mo dice el Apóstol, que dar á los pobres.” Dice San
 Efren despues las maldiciones contra aquellos que estan en-

cenagados en la culpa habitual, sin querer hacer peniten-
 cia: que viven entregados en la juventud á las sensualidades,
 dilatando hacer la penitencia para el fin de sus dias: que pe-
 can de propósito deliberado, y dicen: mañana haremos pe-
 nitencia: que conociendo el bien se entregan al mal: que
 despues de haber renunciado al mundo siguen sus máximas:
 que no se preparan aqui, para presentarse inocentes delan-
 te del Juez Supremo.

XVI. La carta al Monge Juan que se halla en el se-
 gundo tomo de la edicion de Vosio, se escribió para un su-
 perior de un Monasterio, en la Mesopotamia; caracteres que
 denotan á San Efren, á quien se le atribuye en los manus-
 critos. Por esta carta se ve que habia encomendado el cui-
 dado del Monasterio al Monge Juan, á quien la dirige, y
 desde este tiempo ya no podia recibir á nadie consigo sin
 consultar á este Religioso. De suerte, que Teodoro hombre
 de virtud pidió con instancias á San Efren que le recibie-
 se en el Monasterio, y le envió á Juan, el que le admitió
 con mucha caridad. El Santo le dió las gracias, y al
 mismo tiempo los elogios que merecia su virtud, porque
 era para los hermanos un exemplo de buenas obras, y de
 instrucciones para su Comunidad. Se extiende particularmen-
 te sobre el peligro que corrian los que emprendian cosas
 superiores á sus fuerzas, y dexaban sus Monasterios para
 hacer vida de pastores. Refiere algunos exemplos de Mon-
 ges, á quienes este género de vida habia ocasionado la
 muerte, ó largas y funestas incomodidades; y dice: „Que
 lo que inclinaba tal vez á personas de una virtud todavia
 debil á abrazar una vida tan austera y llena de peligros
 era, ó la inconstancia de su espíritu, ó el cansancio de
 vivir baxo la obediencia y el servicio recíproco de sus
 hermanos, ó la pereza; y por último el deseo de ha-
 cerse estimar de los hombres.” Como pudieran haberle

opuesto el exemplo de algunos santos Solitarios que habian vivido de este modo: responde con un pasage de la vida del Abad Macario, el que con estar tan adelantado en la virtud, se creia muy debil para poder vivir asi; con el exemplo de San Antonio, que gobernándose en todo por revelacion divina vivia en el Monasterio con sus hermanos, usaba de hábitos, comia pan, trabajaba de sus manos, tuvo discípulos que le lloraron en su muerte, y le diéron sepultura; y con la autoridad de otros Padres que hicieron la vida comun exhortando y consolando á los que venian á ellos; haciendo milagros, y curando las enfermedades con la virtud que Dios les habia comunicado. Quiere, pues, San Efren, que sea imitacion de aquellos Santos que hicieron vida comun, los Religiosos que estaban sujetos á la conducta de Juan, caminando por el camino real y derecho, sin declinar á la diestra ni á la siniestra, se aplicasen á los ayunos, vigiliass, oracion, trabajo de manos y obediencias: en la decçion de los santos libros, y en hacerse dignos de participar los santos misterios, y les dice: „Que
 „ para ser santos no se necesita otra cosa sino añadir á una
 „ vida sobria y vigilante la memoria de Dios, cuyos rayos iluminan todos los corazones. Vivid, les dice como
 „ si todas vuestras acciones, pintadas en un quadro, debieran exponerse á la vista de todo el mundo en un lugar
 „ elevado.”

XVII. El tratado sobre estas palabras: *Atended á vosotros mismos*, está dividido en doce capítulos. En el quinto distingue San Efren dos especies de tribulaciones que son inseparables de la vida, una es segun Dios, otra segun el mundo; las tribulaciones del mundo estan llenas de penas, y vacias de premios, siendo asi que las que se sufren por Dios se suavizan con la esperanza de las eternas recompensas. El capítulo séxto se funda sobre la necesidad

de trabajar por la eterna salvacion, recibir con sumision las verdades mas amargas, abrazar el partido de la virtud á pesar de los ultrages, de los desprecios y los malos tratamientos, y evitar la compañía de los hombres estúpidos é imprudentes, cuya conducta no carece de peligro. A lo que parece, habia alli en los Monasterios algunas personas destinadas á instruir los recién llegados, y otras que dirigian los trabajos de manos. El séptimo es sobre el dolor, humildad y perdon de las injurias. Alli se ve que el autor escribia en las cercanias de la Armenia, y del gran Desierto. En el octavo dice: „No declareis vuestros pensamientos indiferentemente á toda especie de personas, sino solamente á las que conozcais ser espirituales: porque el
 „ demonio pone muchos lazos, y nos engaña de muchos
 „ modos, y añade: Velad; y pues os han llamado para
 „ negociar, no perdais la piedra preciosa; portaos de modo que el enemigo no os robe vuestro tesoro.” En el nono demuestra que es preciso resistir á los malos exemplos, y permanecer fieles á Dios en la persecucion y en la cautividad, á exemplo de los Profetas; huir la fornicacion, resistir al demonio y á los malos pensamientos que nos sugiere; aplicarse á la lectura de los santos libros, haciendo de ellos el asunto de las meditaciones. Asegura San Efren que se debe estimar á un Religioso que descubre sus pensamientos á otro, y mira este paso como una prueba del deseo sincero de corregir sus faltas: „no tengais la temeridad de
 „ despreciarle por saber que haya cometido tales acciones:
 „ antes bien admirad la conversion de vuestro hermano.
 „ Porque un hombre que corre con un ladron, ó se ha
 „ hecho compañero de los adulteros, jamas los descubre; como
 „ porque está poseido de la misma pasion, y se dexa arrebatarse de la aficion que los tiene. Es preciso, pues, consolar con toda la humildad posible al que nos descubre fa-

» miliariamente sus secretos, según lo que está escrito: *Cada uno de vosotros reflexione sobre sí mismo, temiendo verse tentado como él.* En el décimo enseña á evitar las amistades particulares en que se interesa la conciencia, á no escuchar sino á los que hablan la verdad, á amar el silencio, á desechar los malos pensamientos temiendo que nos arrastren á pecaminosas acciones." Trata tambien de las calidades de un superior, una de las cuales es que amé la paz, y que su zelo nada tenga de amargura.

XVIII. El Prologo que San Efren puso á la cabeza de sus cinco exhortaciones á los Monges, empieza por dar á Dios gloria y acciones de gracias, porque le habia sacado del mundo para hacerle abrazar el yugo suave y ligero de Jesuchristo. Tambien contiene los motivos que le hicieron ayudar á sus hermanos con diversos socorros. El primero es para aquellos que antes de entrar en la Religion experimentan los rigores. El segundo está sin principio ni fin, es muy corto, y parece una continuacion del primero. El tercero no tiene conexi6n con los otros dos. En él establece San Efren que sin el temor de Dios y la paciencia perfecta no se puede hacer acci6n buena, ni llevarla al fin que se desea. Tambien trata de la humildad, cuya excelencia manifesta con la historia de un Monge que él habria conocido, el que por su humildad y su obediencia se hacia tan temible á los demonios, que sola su presencia aliviaba y aun libertaba á los que estaban poseidos. El diez y ocho es contra los que piensan ventajosamente de sí mismos, y se elevan sobre sus hermanos. San Efren procura acordarlos su estado, en el qual deben estar muertos al mundo, y tener su vida oculta con Jesuchristo en Dios; los exhorta á baxar la cabeza al yugo del Salvador. En el diez y nueve, los insta á que se levanten prontamente quando los despierte el hermano que los llama á la oracion de

la noche, y dice á los que por haberse dormido no hubiesen podido hallarse al principio del oficio que vayan, aunque sea á las últimas oraciones. Bien podreis, añade „concluir las comunes oraciones, y decir los Salmos en vuestras celdas. A ninguno exceptua de *la obra de Dios* (asi llama la oracion comun), como no sea por alguna necesidad ó enfermedad." El vigésimo trata de las disposiciones necesarias para ponerse en la presencia de Dios y de los misterios del cuerpo y sangre de Jesuchristo.

Hace ver en el quarenta y dos el inconveniente que es para un Solitario tener su habitacion cerca de las ciudades y lugares, en atencion á los peligros de las visitas de personas de ambos sexos; con qué precacion deben ejercer la hospitalidad con las mugeres quando es preciso; cuánto mal es corromper el templo de Dios, contristar su espíritu, y ofender á aquellos ojos que ven aun en las tinieblas, é irritar á los Angeles diputados de dia y de noche para nuestra guarda. Dice San Efren á un alma penitente que conoce la misericordia de Dios, pero teme perder su gracia: „Confúndete de vergüenza alma pecadora, pero no desesperes despues de haber pecado, has caido, trabaja por levantarte. Un atleta, aunque le hayan derribado muchas veces, no dexa por eso de llevar el premio en el combate. Obrad con valor, y decid: *Ahora empiezo á volver á mi Dios.*" El quarenta y tres es contra el juramento y la blasfemia, la que dice San Efren, que es el pecado, para el qual, según la Escritura, es difícil hallar intercesores. Habla tambien en el quarenta y quatro del inconveniente que hay en que los Solitarios frecúenten las ciudades, y no quiere que vayan á ellas sin permiso expreso de sus superiores, y que no hagan otra cosa sino aquello para que fuéron enviados. „¿Qué tenemos que ver con el siglo, dice, los que estamos muertos al mundo?" En

el quarenta y cinco se advierte que los dones sobrenaturales eran comunes, á lo menos, entre los Solitarios. Trata en este San Efrén de la caridad, y dice que es virtud esencial, y que sin ella, aun los que han hecho milagros en nombre de Jesuchristo serán severamente castigados el dia del Juicio. El quarenta y seis está en forma de carta escrita á un Monge llamado Eulogio que habia pedido á San Efrén algunos avisos para su gobierno. Este Santo le describe muy por menor las virtudes religiosas y morales, y le instruye particularmente en el modo de sosegar la rebeldia de la carne contra el espíritu. Le dice estas palabras notables: „Los que gustan de las conversaciones del mundo dan bien á entender que todavia no le aborrecen; y como soplando el fuego se excita la llama, asi las conversaciones del mundo mueven en el corazon las pasiones y afectos desordenados.” Al fin de este discurso se hallan bellísimas cosas sobre la muerte y el juicio, sobre las grandes recompensas de la otra vida, y sobre lo inútil del arrepentimiento que viene despues de la muerte. En algunos manuscritos se leen estas palabras, *Rogad por mí, Efrén pecador, que he escrito esto, y que digo, y no hago.*

XIX. El discurso que tiene por título *Panoplia ó Armeria espiritual*, está escrito con mucha limpieza, solidez y devocion. En él se ven los sentimientos de humanidad, regulares en San Efrén, y su zelo por la salud de sus hermanos. El fin de este discurso es enseñar á todos los Christianos, no menos que á los Monges, de qué armas se deben valer en el combate que tienen que sufrir por Jesuchristo contra los demonios. Estas armas son, segun el Santo, la fe acompañada con las obras, la esperanza, la caridad, la humildad, la oracion y la señal de la cruz. „Armaos, dice en todas vuestras acciones con esta señal; por

„qué; pues ninguno se atreveria á ofender al que lleva un sello de un Rey de la tierra; qué podemos temer nosotros de parte de ninguno si llevamos la señal sagrada del Supremo Emperador del Cielo? Armaos vosotros con la señal de la cruz; imprimidla en vuestros miembros, y en vuestro corazon; empezad con ella los estudios, haced esta señal quando entráis ó salís de vuestra celda; sobre la cama, y en todos los lugares por donde pasáis, diciendo quando hacéis esta señal: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*; pero signaos tanto con el espíritu, como con la mano.” Se aplica sobre todo á señalar las calidades de la oracion, la que dice que es el *Arco de la alma*, haciendo en esto alusion á la costumbre de orar con las manos levantadas al Cielo. Estas calidades son la atencion, la perseverancia, la humildad, la confianza y la resignacion. Añade „que es preciso pedir á Dios lo que es mas necesario, y lo que siempre y en todo tiempo es indispensable;” y acaba su discurso con una oracion que puede servir de modelo.

XX. El tercer tomo de la edicion de Vosio empieza por un discurso ascético dispuesto al modo de los Proverbios de Salomon. Con dificultad puede S. Efrén desconocerse en él, porque expone sapientísimas máximas en toda especie de asuntos, pero sin sujetarse al orden escrupuloso de las materias. Las hay muy buenas sobre el temor de Dios, sobre la fe, la leccion de la Santa Escritura, el Sacerdocio, la limosna y contra las tentaciones; pero la mayor parte se dirige á las observancias regulares, y pueden dar mucha luz para entender la disciplina Monástica del siglo quarto. Un prólogo se halla al principio de este discurso; á mí me parece que es una parte del discurso mismo. Estas son algunas de sus máximas. „Honrad al Obispo y al Sacerdote para que os bendigan con su bo-

ca. Es laudable ir el primero á los actos de Comunidad, y siempre es malo salir de ellos sin necesidad antes que se concluyan. Quando estais en la oracion atended á aquel á quien dirigis vuestras súplicas; vuestra alma y vuestro corazon estén enteramente en él. El medio de purificarse de sus pecados es acusarse de ellos en todo tiempo. Si yo me abstengo de comer carne, dice, no es una observancia supersticiosa; porque bien sé que es bueno todo quanto Dios ha criado - pero leo en la Escritura que no convienen las delicias al insensato. No digais, yo peccó hoy, mañana haré penitencia. Hagamos mas bien penitencia hoy, pues no sabemos si llegaremos á mañana. La vanagloria ciega los ojos del alma: mas la humildad los ilumina con la mas viva luz de la caridad: porque el Señor enseñará sus caminos á los que son mansos." Este discurso concluye con una oracion en que se ve la profunda humildad de San Efrén, y su perfecto reconocimiento á las gracias de que Dios le habia colmado, y de que se creia indigno.

XXI. Tampoco se puede disputar que es de San Efrén el tratado intitulado *la Confesion*, porque en él se advierte qual es su país, sus parientes, su profesion, el tiempo en que vivia, todo conviene á este Santo, y á ninguno otro. Su objeto en esta obra es manifestar que hay providencia de Dios aun en la medida del conocimiento que nos comunica de sí mismo, é informar á aquellos á quienes habla en este escrito de la falta que habia cometido dudando de la providencia. Por lo qual no omito alguna de las circunstancias que pueden hacer su delito mas grave, por exemplo. „Que quando le vino esta duda ya habia recibido la gracia del Bautismo, que el conocimiento de Jesuchristo, casi habia pasado á él con la sangre, pues habia nacido de padre y madre, que le habian confesado

en los tribunales, y le habian criado á él en el temor de Dios." Pero tambien tiene cuidado de advertir que entonces estaba en edad poco avanzada, y que en aquel mismo tiempo cometió otras faltas, de las que se acusa muy por menor con tanta humildad como confianza en la misericordia Divina. Se dilata mucho en demostrar que hay una providencia de Dios que arregla y conduce los sucesos con admirable sabiduría y justicia, y que no cesa de tener abiertos los ojos sobre las acciones de los hombres. He mirado el mundo, dice, y comprehendido que hay una Providencia que le gobierna: ví un navío naufragar por falta de Piloto, y advertí, que en vano trabajaban los hombres, si Dios no los guia y gobierna. He visto ciudades, y repúblicas bien gobernadas, y he advertido que nada podia tener consistencia, sino por orden y mandamiento de Dios. El ganado recibe del pastor el vigor, y el alimento; y todo quanto hay sobre la tierra recibe de Dios su incremento y subsistencia. Como la disposicion de un ejército depende del General, del mismo modo depende de Dios la buena constitucion de las cosas. En la naturaleza necesita una cosa del auxilio de la otra: solo Dios de nada tiene necesidad. Ninguno se puede hacer á sí mismo; pues de otra suerte sería antes de hacerse. Solo Dios no ha sido hecho. Aunque todo lo que se proporciona sus dones á la naturaleza de cada uno. ¿Quereis ver quán inefable es el poder de Dios? Pues con una sola palabra hizo los cielos, y todo quanto contienen: por lo qual debe tenerse por cierto, que podia hacer cosas mayores, y muchas mas si hubiera querido. La naturaleza criada no es por sí mala, ni viene de principio malo. Si el malo hubiera existido antes de todas las cosas, no hubiera permitido hacer algun bien; pues de otro modo no hubiera sido malo. Tampoco se puede

„decir que la materia es eterna, ni que hay en ella
 „principio para su accion y movimiento. Está sujeta á la
 „mutacion, y todo quanto se muda es temporal y caduco.
 „Luego nada de lo que es hecho existia. Dios solo ha
 „sido siempre; por lo qual todas las cosas tienen necesi-
 „dad de él: porque él las hizo con su propia voluntad, y
 „sin verse precisado. Porque hoy, y en la eternidad es
 „el mismo que era antes de todas las cosas, y goza de
 „una paz imperturbable. Su bondad es la causa de todo,
 „y su justicia pone términos á la naturaleza. En punto de
 „su sabiduría resplandece ésta en la variedad de las cria-
 „turas.” Habla despues San Efren de la generacion del
 „Verbo, y de la procesion del Espíritu Santo, dicen-
 „do: „Que el Hijo es engendrado de la substancia del
 „Padre eternamente, y que el Espíritu Santo procede de
 „los dos, sin que se disminuya la substancia del Padre por
 „esta generacion y procesion. A lo que añade, que quan-
 „do nombramos al Espíritu Santo despues del Hijo, no
 „notamos el tiempo sino el orden entre las divinas Per-
 „sonas; porque todas tienen una misma esencia, y una
 „misma substancia, la que nunca empezó á ser.”

XXII. La homilía sobre la Perla del Evangelio, es
 una de las mas interesantes que nos han quedado de San
 Efren, y la que menos se le puede disputar; porque está
 citada por San Efren de Antioquía, que vivia á los prin-
 cipios del siglo 6, y por Leoncio de Bizancio que escri-
 bia en los primeros años del siglo 7. Llama al primero:
Discurso: sobre la Encarnacion, y sobre la Perla: porque
 con la ocasion de haber leído aquel dia el Evangelio so-
 bre la Perla, trata San Efren del misterio de la Encar-
 nacion, en el que pone la comparacion de la formacion
 de la Perla. Al segundo intitula: *Oracion sobre la Perla*
 contra Marcion, cuya heregía rebate, al mismo tiempo que

la de Manes y otros Hereges, que dixéron que Jesuchris-
 to habia tomado carne aparente y no verdadera. Pronunció
 San Efren esta homilía á los principios del reynado de Ju-
 liano el Apóstata, quando subsistian aún los fundamentos del
 Templo de Jerusalem; es decir, en 362; pues fueron de-
 molidos por orden de este Príncipe, y por los Judíos á los
 principios del año 363. En esta homilía se ve cuánto te-
 mor era el que penetraba á este Santo quando se trataba
 de predicar á los otros las verdades del Evangelio, y qué
 viva aprehension de condenarse á sí mismo, quando repre-
 hendia á los demás. Pero todos estos obstáculos los vencian
 en él su caridad y amor á Dios: y asi dice: „¿Callaré
 „yo por no condenarme á mí mismo? ¿Pero qué medio
 „me resta, Dios mio, de manifestaros mi zelo y mi amor?
 „Hablaré pues, y no cesaré de hablar; porque mas quie-
 „ro condenarme á mí mismo, que dexar de cumplir el mi-
 „nisterio que me habeis confiado. Yo quiero morir con con-
 „dicion de que vos seais glorificado. Conozcan á lo menos
 „los Paganos cuánta es la fuerza y poder de mi amor;
 „vean los Judíos quán ardiente es el zelo que tengo de
 „vuestra gloria, y que puedo morir por vos sin que me
 „quiten la vida el hierro, el fuego, y los demás supli-
 „cios. Por esta especie de muerte puede suceder que co-
 „nozcan los enéimigos de la fe, que estoy pronto para su-
 „frir por vos la muerte propia y visible: mas no sé yo si
 „haria lo que prometo; porque temo que si me dexais,
 „me vencerá la naturaleza. Haced, Señor, que yo vea que
 „me asistireis en el combate: haced que yo persuada vues-
 „tra verdad á los Gentiles, para que yo pueda esperar que
 „sufiré sus tormentos. Dadme esta prenda de que me asis-
 „tireis en los suplicios; y desde ahora me declaro del nú-
 „mero de vuestros atletas. Ya se oye la trompeta de los
 „Gentiles que tocan á dar la batalla, y poner á vuestros

„siervos en la precision de prepararse para sostener sus ata-
 „ques. Ya oigo las amenazas que nos hace el Occidente
 „(casi todo el Imperio estaba al Occidente de Edesa) y el
 „ruido de los suplicios que dispone para asustarnos. Tiem-
 „blo, Señor; porque sé que aborreceis los pecadores, y
 „no obstante estoy lleno de gozo, porque considero que
 „habeis muerto por ellos.”
 Despues de este preambulo, que tanto nos descubre la
 humildad y zelo de San Efrén, entra en el asunto; y el
 modo con que se forma la perla; hace un paralelo con el
 Misterio de la Encarnacion. „La perla es una piedra pre-
 „ciosa que nace de la carne de una ostra; el rayo sola-
 „mente concurre con el agua en su formacion, sin ne-
 „cesidad de conjuncion como las cosas ordinarias. El Hijo
 „de Dios se unió con la humana naturaleza sin la con-
 „currencia de otros cuerpos por sola la operacion del Es-
 „piritu Santo, que le formó la carne de la substancia de
 „la Virgen. La perla, aunque no es engendrada como
 „los vivientes, no dexa de tener un sér real. Tiene la
 „perla su apoyo en la concha, Jesuchristo tambien le tuvo
 „para nacer realmente, y no en sola apariencia. La perla
 „se compone de dos naturalezas, una de fuego, y otra
 „de agua. Dos naturalezas hay en Jesuchristo; porque,
 „como Verbo, nació de Dios, y como hombre de Ma-
 „ria. Estas dos naturalezas son perfectas en él, y no se
 „confundió una con otra: de este modo en Jesuchristo
 „hay union, y no confusion de naturalezas. De poco pre-
 „cio parece la Purpura (nombre del pescado que produ-
 „ce la perla) pero lo que nace de ella vale muchos ta-
 „lentos de oro. Asimismo nada puede compararse en la
 „humana naturaleza con lo que nació de Maria Virgen.
 „La Purpura, en el momento que se forma la perla, na-
 „da siente sino que se le añade alguna cosa: á este mo-

„do concibió Maria sin concupiscencia, sintiendo solamen-
 „te que la sobrevino una nueva *hipostasis*. La Purpura
 „no sufre alteracion, ni quando concibe la perla, ni quan-
 „do la arroja de sí: da á luz, y sin dolor, una piedra
 „perfecta. Concibió la Virgen por un modo inefable, y
 „parió sin dolor.” Tambien aplica San Efrén al Misterio
 de la Encarnacion el ingerto de los árboles, y lo que está
 escrito de la construccion del Templo de Salomón, del
 que se dice, que las piedras estaban pulidas y quadradas
 por sí mismas sin el trabajo de los hombres; de suerte,
 que no se oyó el ruido del martillo (1) mientras duró
 la obra; y la historia de la palma macho, de la que re-
 fieren que sola su sombra fertiliza á la hembra. Apoya to-
 das estas comparaciones con diversos razonamientos, para
 confundir á Marcion, Manes, á los Judíos, y los Gen-
 tiles.

XXIII. En el tratado siguiente, que todo es de su
 estilo y genio, pretende confundir á los que investigaban
 y examinaban con demasiada curiosidad la naturaleza del
 Hijo de Dios. Era este un defecto común en muchas per-
 sonas del quarto siglo, como se puede juzgar por los dis-
 cursos que San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, y San
 Juan Chrisóstomo hicieron sobre esta meteria. Este últi-
 mo en sus homilias, que tienen por título: *de la naturale-
 za incomprehensible de Dios*, rebate á los Anomeos; y con-
 tra estos sin duda se compuso este discurso de San Efrén.
 Desde luego declama contra la indignidad de su conducta.
 Pues Jesuchristo por su misericordia los sanó de enfermē-

(1) Muchos dudan que este pasa-
 ge sea de San Efrén. No podia ig-
 norar el Santo que no se habia edi-
 ficado el Templo con piedras que
 por sí mismas eran quadradas; por-
 que si no se oyó ruido de martillo

ni de sierra, fué por haberse pre-
 parado las piedras en el monte an-
 tes de llevarlas al pie del edificio.
 No pudo San Efrén leer lo uno sin
 lo otro, ni es cosa creible que se
 engañase en este punto.

dades incurables, solo debieran ocuparse en dar á entender su reconocimiento. Hace ver despues, que siendo incomprehensible la naturaleza del Hijo de Dios, es una impiedad querer profundizarla. Es un fuégo devorador que consume como estopa al temerario que quiere experimentarle. Les opone la fe de los Magos, tan sencilla y rendida, aunque no veían en el Niño que adoraban ninguna señal de Rey; siendo asi que hoy le conocemos sentado á la diestra del Padre en el cielo, y reynando con toda su magestad. Les opone tambien el respeto con que los Angeles, Arcangeles, Querubines y Serafines que estan cerca del trono de Dios cubren sus rostros con sus alas, no pudiendo sostener el resplandor de su Magestad. Insiste sobre la fe que nos hace ver de antemano las cosas futuras, y advierte que esta virtud siempre se llama *fe y no curiosidad*. A lo que añade: „ Vosotros creéis en Jesuchristo, Hijo único de Dios, creéis que ha nacido por vosotros en carne mortal. No profundiceis mas en un misterio impenetrable. Si quereis ser curiosos, no sereis fieles. Participad con la fe de la pureza del cuerpo sin mancha, y de la sangre de Jesuchristo, segutos de que es el mismo Cordero que enteramente coméis. Los Misterios de Jesuchristo son un fuego inmortal. No os acerqueis con temeraria curiosidad, si no queréis abrasaros, y perecer.” Los escritos de los Profetas, y Evangelistas son las fuentes de donde San Efrén quiere que saquemos todo quanto debemos creer de la naturaleza del de Hijo Dios. Y asi apoya quanto dice con la autoridad de la Escritura, tanto del antiguo como del nuevo Testamento. Concluye dando á entender su temor de haberse detenido demasiado en hablar de unos Misterios sobre los cuales siempre se habia gloriado de la sencillez.

XXIV. En el discurso, *sobre la cruz del Señor*, se advierten los sentimientos de dolor, temor y compuncion

de que estaba penetrado San Efrén, siempre que tenia que hablar del juicio final. Tambien se ve su ordinaria humildad: lo que alli se dice que los Christianos en la celebracion de las fiestas, no deben, como los Paganos, adornar con flores y coronas las puertas de sus casas, todavia conviene á su tiempo en el que el error de la idolatría no estaba tan desterrado, que no hubiese en la Mesopotamia algunos sectarios, como lo nota Teodoreto. Este discurso, que es muy bello, fué pronunciado el dia de Pasqua. En él trata San Efrén del modo con que los Christianos deben celebrar las fiestas, y sienta por principio, que solo aquellos las celebran que se aplican á observar los Mandamientos de Dios, y pasan los dias en el canto de los Salmos, y en otras cosas espirituales: que, por el contrario, los que se entregan al juego, y á la embriaguez, no tienen que lisongearse de que celebran fiesta alguna. Dice que la cruz ha establecido su reyno entre las naciones, tribus, y pueblos: que no debemos gloriarnos sino solo en la cruz: que debemos pintarla y gravarla en nuestras puertas, y formar esta señal vivífica sobre la frente, los ojos, la boca y todos los miembros. Expresiones que tambien se hallan en el tratado que intituló *Panoplia*. Añade: „Que esta señal es la gloria de los Reyes; que con su auxilio pisáron los Apóstoles el poder del enemigo, y convirtiéron las naciones; que la cruz dió la victoria á los Mártires, y que llevándola los Monges, halláron la alegría en una vida pasada entre los desiertos y cuevas de la tierra.” Del elogio de la cruz pasa á lo que ha de suceder en el juicio final, y hace de éste una descripcion muy patetica.

XXV. Es preciso acceder al comun sentir, que reconoce á San Efrén de Edesa por autor de la vida de San Abraham y la de su sobrina. El espíritu de humildad y compuncion que le animaba en todos sus escritos se nota en éste con